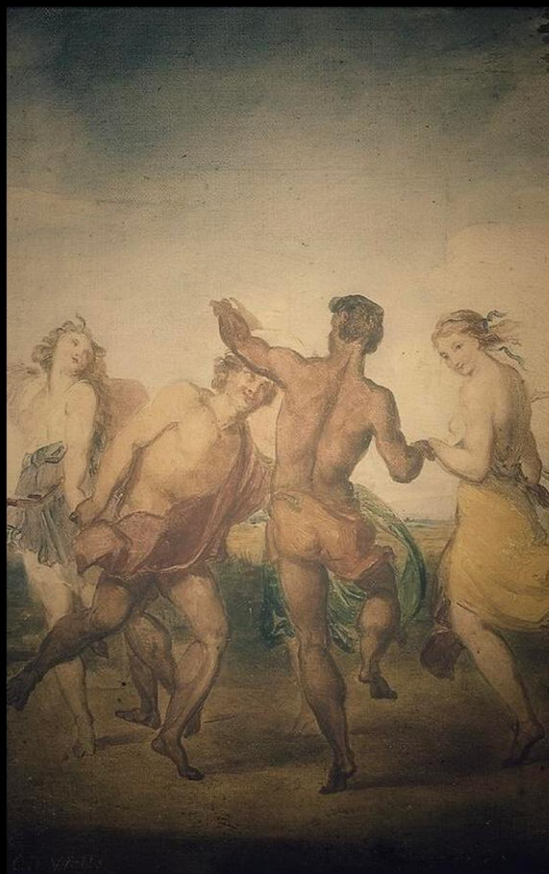


Las ruedas del sueño

J. C. Ramos



Las Flores Rotas

LAS RUEDAS DEL SUEÑO

J. C. Ramos



Las Flores Rotas

Las ruedas del sueño

© **J.C. Ramos**

Primera edición

Portada: George Frederic Watts, Nymphs and Satyrs (Circa 1840)

Las Flores Rotas

Selección PDF gratis

2026-06

lasfloresrotas.blogspot.com

rotasfloreslas@gmail.com

Las ruedas del sueño

En la estación del tren ha ocurrido un accidente. Otro. Los usuarios (así los llamaría un operador de RENFE) miran atónitos el espectáculo sanguinolento, rígidos y silenciosos. Luego siguen en sus asuntos. Es decir, en una introspección soñolienta, una lejanía protectora. Han llegado los Mossos, unos veinte. Han llegado los servicios de emergencia. Tres enfermeros con una camilla a todas luces inútil. Una pala y un par de bolsas de basura habrían sido de más utilidad. Más allá de la estación, en el bosque de hayedos y robledales, unas figuras se mueven. Unas sombras. Un misterio que me cautiva. Me olvido de la masa amorfa de huesos, cartílagos, carne y vísceras que se escurre entre las piedras limpias y los raíles oxidados, cruzo las vías y me interno en la

espesura silenciosa. Avanzo guiado por el sonido de la música. ¿O es el viento que acaricia las hojas de los hayedos? ¿O el cántico leve de los robles? No importa. Lo importante es avanzar, perderse. Y, tal vez, encontrar. Y encuentro. Encuentro a Anna Pavlova bailando desnuda entre los troncos cubiertos de musgo. Recuerdo que K quiso verla bailar. Pero K no está aquí y no tengo cómo comunicarme con él. El móvil no serviría para eso. Tampoco sirve para grabar la belleza etérea que palpita en lo profundo del bosque. Me acerco. Anna Pavlova me ve. Huye. Sale del bosque, cruza las vías del tren y se sube a un vagón. El tren parte, sale de la estación. Anna Pavlova, apoyada contra una ventana, me dice adiós con la mano. Me interno en el bosque. Camino hacia su centro. ¿Tiene el bosque un centro? En todo caso sería el punto desde el cual no hay retorno. Camino y recuerdo mis apasionadas noches con la Pavlova, su grácil figura poseyéndome mientras los dos violinistas que siempre la acompañan tocaban una sonata número 1 en G menor de Bach. Recuerdo otra noche, en un tranvía. Los dos violinistas tocaban una polca. Los pasajeros bailaban y

cantaban. Salió a relucir el vodka. Anna y yo nos besábamos. Ahora Anna Pavlova se aleja de mí en un tren. Pero eso no es del todo cierto. Porque yo también voy en ese tren. Voy en ese tren porque yo puedo hacer lo que me salga del forro de los cojones. Así que voy en ese tren. Y Anna Pavlova va en ese tren. Y ese tren va sobre las vías, traqueteando sobre los raíles, rodeado del paisaje agreste de la alta montaña. Hace frio. Pero yo estoy caliente. Anna Pavlova está desnuda y no tiene a donde ir. La acorralo en el último vagón. La siento sobre el mullido cuero que rechina bajo sus nalgas. Cojo por el tobillo una de sus piernas, la giro hacia mi derecha y apoyo la planta del pie sobre el asiento. Hago otro tanto con la otra pierna, la elevo sobre su cabeza y luego apoyo el dorso del pie sobre la ventana que al contacto del calor corporal se cubre de vaho. Sus pequeños senos tiemblan con los vaivenes del vagón. Ahora su coño está abierto y palpita ante mí. Me basta rozar con los dedos los carnosos labios para que estos se humedezcan y se cubran de un líquido perlado que se me pega en la piel. Leve gemido de Anna Pavlova que me mira con ojos ansiosos y tristes.

Me desabrocho la bragueta justo cuando el tren se detiene en una estación. Las puertas se abren. Anna huye... otra vez. No la sigo. ¿Para qué? Prefiero internarme en el bosque. Ahora los árboles forman un embarullado muro y las raíces sobresalen de la tierra húmeda y cubierta de hojas podridas, enrollándose en un apretado trenzado de cuyas hendiduras se asoman los bichos de la noche. Avanzar es difícil. Mi padre me pregunta cuándo voy a conseguirme un trabajo. Le respondo que prefiero mil veces despertar cada día convertido en un abominable insecto antes que ponerme a trabajar. Ya te gustaría a ti, dice. Un muro de cortezas agrietadas se levanta ante mí. No hay manera de seguir adelante. Tampoco puedo dar marcha atrás. Intuyo que el bosque se ha cerrado en torno a mí. Me ha engullido, su savia espesa me ahoga. Desesperado, me bebo de un trago la absenta mientras espero a Max en el bar. Golpeo con el vaso la barra de nogal y pido otro trago. El taburete sobre el que estoy sentado cruje y se tambalea. Si quiere irse tendrá que llevarme con él. Desesperado, me bebo la segunda absenta. Pero Max no aparece. Podría echar una mirada a mi

alrededor. Sopesar el ambiente ruidoso y humeante del bar. Observar el aserrín sucio de colillas y escupitajos que cubre los tablones de madera del suelo. Pero prefiero golpear la barra con el vaso y pedir una tercera absenta. Desesperado. Max no aparece. Max, el desaparecido. Podría estar ahora mismo a bordo de un buque a la deriva en mitad del Atlántico. ¿Quién puede saberlo? Sigo observando a mi alrededor. En el aire aparecen unas ondulaciones absénticas que atraen mi atención. Detrás de esas ondulaciones ondulan, también, las mesas, las sillas, las gentes, las paredes. Pongo la mano frente a mis ojos y también ondula. Me miro en el espejo que hay detrás de la barra y me veo ondular graciosamente en ese otro mundo. El ondulante barman me pone una cuarta y ondulante absenta y yo me la llevo a la boca con mi ondulante brazo. Y supongo que allí adentro, en la garganta, seguirá ondulando. La niebla me envuelve en ese momento en un abrazo helado. Parece que va a nevar. A mí me gusta la nieve. Un cuerpo se materializa en la niebla. No, no es Max. Es Olivio Pardo Chaparrón, el escritor. Aparece ondulando y

hecho una furia. Alguien en la calle le ha gritado que un negro no debe llevar barba, que es contra natura. Todo el mundo ha escuchado el grito del energúmeno y Olivio Pardo Chaparrón no ha sabido dónde meter la cara. Por suerte estaba frente a la puerta del bar y ha entrado. Su indignación es rabelasiana y un tanto impostada. Hay una frase que describe a Olivio Pardo Chaparrón: Cree ser la última pepsicola del desierto. Sin embargo, a pesar de su aspecto desaliñado y su ego risueño y desaforado, es un escritor astuto. Lo envidio. Siempre transita caminos seguros, bien pavimentados y señalizados que ya muchos otros han recorrido. Jamás se aventura fuera de ellos. Ni loco se le ocurre abrir caminos nuevos que se internen en territorios ignotos y salvajes. Yo, en cambio, llevo 29 días sin escribir. Y lo escrito es un pantano repugnante en el que chapoteo y me hundo como una miserable sanguijuela. Y todo ello por mi necia inclinación a salirme del camino, a explorar rumbos vírgenes en los que tropiezo y caigo constantemente, avanzando con una terquedad abominable hasta el borde de un abismo por el

cual, es inevitable, siempre ocurre, me despeño. Y ya no sé más de mí. Como ahora que a Olivio Pardo Chaparrón, ese insigne escritor, se lo traga la niebla de vuelta y yo me quedo solo en este agreste paisaje, rodeado de oscuros y fríos precipicios y afiladas rocas que rasgan mis vestiduras. Por suerte la plaza está cerca y hacia allí dirijo mis pasos. Es una plaza pequeña, acogedora, con una fuente en el medio que vierte agua cristalina y fresca de la que bebo solo por el placer de beberla porque sed no tengo. Me siento en un banco a esperar. Esperar es un arte. A mí se me da bastante bien. Llevo toda la vida esperando. Se preguntarán qué espero. Eso no puedo decirlo porque yo mismo no lo sé. He de esperar lo que nunca llegará, supongo. Y si no llega no puedo saber qué es lo que espero. Lo que sí puedo es ver a un grupo de chicas que patinan alrededor de la fuente. Salvo sus botines de immaculado blanco van completamente desnudas. Sus tetas saltan, tiemblan se encabritan, sus nalgas se endurecen y se ablandan siguiendo el movimiento de las piernas. Veo también a Ednodio Quintero patinando entre ellas como un sátiro milenario de

ojos rasgados y sonrisa trascendental. Los cuerpos se entrelazan y se separan, chocan y se repelen, las carnes se funden en un calor insoportable que levanta los pezones y luego se alejan con un grito agónico cuyas ondas rompen contra mi entrepierna. Ednodio Quintero se separa del grupo de cuerpos y pasando a mi lado me susurra al oído: “Para escribir es imprescindible no pensar”. Luego se dirige, de nuevo, hacia la fuente, y se integra en el grupo de ninfas desnudas. Les da palmaditas en las nalgas, sopesa las tetas bailarinas y se deja toquetear. Yo me caigo del carrito de la compra que suelo usar como cama. Echado sobre el asfalto del estacionamiento del centro comercial pienso en la frase que Ednodio Quintero ha dejado en mi oído con paternal dulzura. En realidad no es un pensamiento porque yo no pienso. Mi mente es una esfera negra sellada al vacío. Es, más bien, una imagen: una larga sábana de impoluto blanco que ondea a ras del suelo entre dos montañas de roca dorada y que cubre la extensión del estacionamiento del centro comercial en donde diariamente, en busca de sus carros, desaparecen para no volver a aparecer centenares de miles de

consumidores. Acostado allí, sobre el ardiente asfalto, rodeado de muertos curiosos y desconocidos, quiero decir que no conocía a nadie allí, ilustres desconocidos en lo que a mí respecta, hice, porque eso se me ocurrió y no otra cosa, una disertación sobre el helado de frambuesa. Los muertitos reunidos a mi alrededor asentían con la cabeza y, en general, parecían muy interesados por mis palabras. Me di cuenta entonces de que podía crear un grupo de seguidores y con una alegría inusitada y raudalosa me puse en pie y les mostré la casa de mi infancia. Los muertitos se miraron a la cara, batieron palmas, saltaron en una pata, me besaron, besos fríos, me abrazaron, abrazos vaporosos y se desperdigaron por la casa. Desaparecieron. Pronto escuché los gritos de mi santa madre desde la cocina. Olían a cerveza y a guiso lo gritos de mi santa madre. ¡Papá, papá!, gritaba. Apareció mi padre hecho una furia perseguido por unos muertitos putos que le buscaban el ano con las manos y unas muertitas gozonas que se colgaban de su verga flácida. Entró en la cocina y comenzó a golpear a mi santa madre en la cabeza con la cuchara de madera del guiso.

¡Traidora! ¡Desvergonzada! ¡Putas!, gritaba el cornudo. Mi santa madre se turnaba en esquivar los golpes de mi vengativo padre y en sacarse de encima a los muertitos que le desgarraban la ropa echados sobre ella y que, en general, intentaban violarla. En la sala un nutrido grupo de muertitos organizaron una caimanera de futbol. Como pelota usaban a mi hermano. Fue un partido muy disputado, con muchos goles. Mi pobre hermano entró en una portería en tres ocasiones y cuatro en la contraria. Hubo más goles, pero me aburrí pronto de mirar. A mi hermana, me parece, se la comieron unos muertitos antropófagos. Cansado de tantas tonterías yo tomaba el sol en el jardín, junto a una piscina de plástico en la que chapoteaban mis dos hijos, dos renacuajos verdes y lustrosos que saltaban sobre el agua y luego se hundían hasta el fondo azul y ondulante. El cielo hervía y yo me quemaba con él. Desde mi posición veía un pedazo de la montaña, la parte superior del respaldo verdoso que se elevaba amenazante sobre la ciudad y que algún día, lo sabemos, se desplomará sobre ella. En la terraza del segundo piso los abuelos nos observaban. La abuela

sostenía en la palma de la mano la maltrecha cazuela cubierta de grasa endurecida, negrísima como un abismo, en la que borbotaban las papas friéndose. El abuelo puso sus manos temblorosas sobre la baranda de la terraza y la casa toda comenzó a temblar. Fue entonces cuando hicieron su aparición los perros, como el circo que entra al pueblo, ante nosotros desfilaron con trote alegre Kaiser, Golfi, Chili y Gigi seguidos por el gato Zeus con un trozo de pescado en la boca y dando zarpazos malvados a diestra y siniestra. Mi amadísima esposa se acercó y me dio una cerveza y se sentó a mi lado, desnuda. Yo besé su coño santo. Fuimos felices. Arriba, el cielo hervía. Mis ojos quemaban. Yo lo miraba todo como un gran fuego que ardía sobre los montes. Manuel Ruiz me enseñó el sitio, en su jardín, en el que enterramos los artilugios para el futuro. Un torrente de grama descendía temblando bajo el viento. Desde el fondo del barranco nos llegaba el sonido metálico de los carros. Manuel Ruiz enterró las manos y arrancó tierra y grama. Cavó y cavó. Ya no lo vi más. Desapareció en el interior del agujero de tierra húmeda de cuyas paredes grumosas

sobresalían raíces sin dueño, lombrices ciegas huyendo de la luz y bichitos brillantes y crujientes buscando con desesperación la oscuridad húmeda de la que habían sido desterrados. Desde el fondo del agujero negro ascendía un vaho caliente con olor a lluvia. También surgió la infancia. Una inquietud se enredó en mi espina dorsal cuando vi caja tan bella ascender desde la oscuridad vibrante del agujero. Caja destellante, de coloridos arabescos, en donde las abuelas guardaban las galletas. Caja fría de olvido en mis manos. Pero una vez abierta ardió. Y entonces vi a Sandra, morena y delgada, cabellos negríssimos resbalando sobre sus hombros, sentada en la acera, esperando por mí para largas conversaciones sin besos. Un fuego alto y crepitante que calcinaba el monte reseco del solar, la Pupi aún con el fósforo humeante en la mano bajo un sol flamígero. ¿Locura? ¿Es posible que viera a Manuel Ruiz hundiendo sus puños en la cara del Catire? ¿Tanta rabia? ¿Y yo? ¿Pajuo integral? ¿Soplón impulsado por los celos? Judas no porque el Catire era un pobre niño lechoso impulsado por la malicia, los subterfugios, la intriga. Recibió un poco de su

propia medicina. Pero aquello cerró la caja de galletas, la devolvió, junto a la infancia, al sombrío agujero. Paraíso perdido. Condenado desde entonces a vagar por el mundo postapocalíptico de los adultos. ¡Basta! El Doctor Steiner me mira con asombro. Tiene cierto parecido a Jeremy Irons, la misma expresión de concentrada tristeza en los ojos. En la penumbra reseca de su salón decimonónico lo puedo ver sentado en un sillón de cuero, indignado viejo teosófico. Basta, ¿por qué? Si él no ha hecho nada, no ha dicho nada. Sin embargo, sí que ha hablado. Ha dicho que K no iba a venir. Un asunto doméstico lo ha retenido en casa ¿Y Max?, pregunto. Max es una comparsa. No te preocupes más por él, responde. Hablemos, más bien, de la muerte, añade. Cuando habla apenas mueve los labios. Su voz es grave, pesada. Incapaz de avanzar en el éter, se dispersa por la habitación creando un eco apagado que choca contra las paredes y reverbera. Su voz, entonces, me llega de todos lados y ninguno. Su voz es un espectro desprendido de la carne que se posa sobre mi hombro. Entonces la escucho: Vengo de donde la

muerte es un animal herido y acorralado. De donde el bufido del toro es una marioneta calcinada y los brotes de hierba se inmolan entre las rocas. Allí la muerte es ávida y violenta. Cazadora sagaz, surge de la nada y clava sus garras de hielo en la carne tumefacta. Ya no suelta a su presa. La voz calla y se dispersa, arrastrada por el viento que azota la cumbre. La espesa niebla que me cubre aguanta un poco más, pero finalmente los latigazos del viento la obligan a retirarse. Ahora puedo ver la ciudad mil quinientos metros más abajo, silenciosa y estática, una maqueta deliciosa y bella que esconde secretos monstruosos. Del otro flanco de la montaña, dos mil cuatrocientos más abajo, el mar, una alfombra oscura irisada de mechones blancos separada de la montaña por una estrecha lengua de tierra en la que se asolean las iguanas. ¿Que cómo puedo verlo? Pues porque puedo. ¿Acaso no soy yo el que cuenta? Así que allí están, de un lado las iguanas asoleándose en la orilla del mar y del otro la ciudad quieta, como muerta, pero no tan muerta, muerta como una mosquita muerta, porque en realidad está muy viva, y es desalmada y está

envilecida y su sangre se espesa, se ennegrece y apesta. Y como aquí yo soy Dios, le ordeno a la montaña que se parta en dos. Y luego le ordeno al mar que ascienda por la brecha abierta. Y luego la física hace el resto y el mar se descalabra sobre la ciudad con feroz rugido, la cubre con sus aguas salobres, la puebla con seres acuáticos: Cecaalias, hipocampos, leviatanes, sirenas y tritones, una ballena blanca, innumerable pececitos de colores y una pareja de delfines que retozan entre los grandes edificios inundados y los cadáveres de sus viles habitantes. Me pican los ojos signo inequívoco de que se acerca la primavera. Cierro el Moleskine y dejo el bolígrafo sobre la mesa. Me paro y me acerco al ventanal. El mundo ha desaparecido tras la niebla inmóvil, silenciosa, muerta. Sin embargo, en la esquina, junto al semáforo, ha hecho un pliegue en el que puedo ver un pedazo de la ¿realidad? Allí parada y encorvada como en sus últimos años, con un cigarrillo húmedo entre los labios y con la bata manchada de grasa, la que siempre llevaba puesta, está mi madre, muerta hace siete años. Me saluda y luego me hace señas para que baje. La situación no me

extraña puesto que el año pasado habíamos hablado por teléfono, pero no puedo decir que me agraden estas irrupciones de la muerte en mi vida. Sin embargo, fui a su encuentro. En cuanto llegué a ella se agarró de mi brazo y se puso a andar con pequeños pasos, encorvada y mirando al suelo. La última vez la vi, a través de la pantalla de un móvil, mi madre agonizaba en la cama de un hospital. La imagen oscura y pixelada de su rostro, sacudido por los estertores de la muerte, ahogado en morfina, atravesó los siete mil kilómetros que nos separaban y me sacudió una bofetada de culpa y remordimientos. Llorando y gimiendo le pedí que no se muriera (como si ella tuviese algo que ver con ello, como si estuviera en sus manos concluir la agonía y restituir la vida) mientras mi madre sacudía la cabeza y buscaba el aire que no aparecía por ningún lado y las palabras empecinadas en convertirse en débiles gemidos que se diluían en el silencio. Ahora me lleva por un oscuro sendero. Es un sendero en el interior de una cueva estrecha de paredes carnosas y palpitantes en el que se escuchan, de vez en cuando, rugidos entrecortados que nos soplaban en la cara. No tardamos en llegar

a un pozo. Sus aguas hierven y echan un humo ácido y pestilente. Mamá suelta mi brazo y se mete en el pozo. Se va hundiendo en el líquido espeso y rojizo que burbujea. Avanza sin prisas, pero con paso seguro, sabe muy bien hacia dónde va, hasta desaparecer con el bufido de una burbuja que estalla. En el otro extremo del pozo hay una estación del metro. Camino hacia ella pisando con cuidado el suelo cubierto de llagas supurantes y enrojecidas en las que la sangre brama en silencio. Bajo las escaleras. Un descenso interminable, lleno de recovecos, de giros a izquierda y derecha, atravesado por largos pasillos en los que rebotan los ecos. El andén no aparece nunca. Sigo bajando durante horas. En las profundidades de la tierra a veces hace frío, a veces calor. Un millón de dardos que atraviesan la piel y se clavan en los huesos y hielan la sangre. O un pegote que aprisiona el cuerpo, lo amasa y lo convierte en una sustancia espesa que exhala nubes de vapor. Repentinamente estoy cansado. Muy cansado. Es un cansancio menos físico que espiritual. Un peso sobre el corazón que llevo con tristeza. Veo a mi alrededor. Veo el tenderete junto al ventanal con la

ropa colgando, húmeda y como muerta. Veo detrás de los cristales el mismo paisaje árido que veía Spider en su vagabundeo solitario y esquizofrénico. Veo las ropas de mis hijos tiradas de cualquier manera sobre el sofá. Veo mi propia ropa cubierta de escamas reseca y crujientes. Es la piel muerta que se desprende de mi cuerpo deteriorado. Y no veo ninguna salida a todo esto, ninguna puerta abierta y tras ella la esperanza de un mundo distinto. Tal vez un mundo peor, pero distinto. A mí me da igual. Con esa miserable esperanza y también con el repentino recuerdo lúbrico de Anna Pavlova sigo descendiendo las interminables escaleras en los confines subterráneos de la tierra. Bajo y bajo. Me rebajo. Y pienso en Anna Pavlova. Y tengo una erección. Entonces, veo una luz al final del túnel. La luz va creciendo, se empodera, le roba espacio a la oscuridad. Hasta que todo es luz que me engulle, en la que me disuelvo. Y, no sé cómo, estoy en el vagón. Y el tren sale del túnel a la unánime noche de una ciudad que conozco. Se detiene en una estación solitaria y silenciosa desde la que se puede ver una pequeña y espigada capilla erigida sobre un cerro y asediada por frondosos

árboles de un verde tan intenso que mis ojos arden. Salgo de la estación y me dirijo a la capilla. Subo por un estrecho sendero adoquinado que cruza el frondoso bosque que vibra de vida y ruidos, un jaleo estridente escondido tras el follaje, acechante, que pareciera provenir de una enorme boca abierta olorosa a savia y al vaho caliente del detrito orgánico. La capilla surge, de pronto, rodeada, asediada, por la exuberancia violenta del monte. Se eleva como una espiga blanca, serena y altiva frente a la vorágine. Sus puertas abiertas no son una invitación a entrar. Son, más bien, la justificación de un encuentro. El mío con K, el iluminado. Entro como quien se consagra. En el interior el aire reverbera en un silencio sagrado. Pero la esperanza no se cumple. Porque quién en el primer banco, frente al altar y bajo la soga del ahorcado, reza a sus demonios no es K sino Chevigue Guayke. Y, en realidad, Chevigue Guayke no reza. Chevigué Guayke me espera y así me lo hace saber con estas palabras: *Vaya usted por el camino que vaya su meta será siempre la misma que la mía. ¿Y cuál será esa?*, le pregunto. *El orgullo de ser el cliente número uno de mi*

muerte. Y sin dejarme hablar, continúa: ¿Cómo será morir de muerte? Muy sencillo: Sin mí es imposible que yo exista. Así que quiere usted morir, digo. Es que ya parezco un hospital: en mí están hospitalizadas todas las enfermedades, dice. Y añade: Tengo la obsesión de que voy a morirme algún día. Y una obsesión es una carga muy pesada. Es hora de ponerle fin. Y ahí entra usted en escena. ¿Yo? Sí, usted, el encargado de encontrar a mi muerte y traerla hasta mí. Vaya por Dios. ¿Y cómo voy a encontrarla? Si yo lo supiera no lo necesitaría. ¿No cree? Diciendo esto señala un viejo ascensor que, detrás del altar, abre sus puertas en este preciso momento. Suba, ande. Tal vez lo lleve a donde tiene que ir. La cara de indio montaraz de Chevigüe Guayke se ilumina con una sonrisa despiadada. ¿Tal vez?, digo. Uno nunca sabe con esos bichos. Podría subir o podría bajar. Podría, incluso, no moverse un ápice o caer vertiginosamente. Quien puede saberlo. Me pongo en pie y camino hacia el ascensor. Frente a sus puertas me detengo y observo la hermética y estrecha caja de metal que me espera. Una última cosa, oigo. Si llega a pasar por Krepuscolia

hágame el favor de... ¿Sí? Nada. Olvídelo. Siento que no haya podido encontrarse con K, el iluminado. Pero debe entender que un iluminado no se presta para encuentros intrascendentes. Chevigue Guayke calla y no vuelve a hablar. Entro en el ascensor. Con un leve chasquido de sus hojas las puertas se cierran. Luego nada. No hay botones que presionar. Espero. Escucho un leve zumbido en el aire. Luego la caja se sacude y se pone en marcha. Ascendemos. Primero muy lentamente. Luego cada vez más rápido. Hasta alcanzar una velocidad que en el interior de la caja se presiente vertiginosa. El ascensor trepida. Puedo escuchar un crepitar como de piedras que provienen del lado exterior de las paredes metálicas. La luz parpadea y finalmente se apaga. En la más absoluta oscuridad continúo este ascenso endiablado. En estas circunstancias el tiempo apenas puede ser medido por las sacudidas irregulares de la caja en la que viajo y por los ruidos caprichosos que provienen del exterior. Pero pronto esos mismos ruidos y esas mismas sacudidas me adormecen. Unas figuras luminosas cobran forma en la oscuridad. Es como si estuviera

viendo el negativo de la realidad. Lo que veo me repele y me excita. Se trata de Anna Pavlova en plena y ofuscada orgía con sus tres músicos sobre un piano de cola que de tanto jamaqueo se parte en dos. Cuando los cuerpos entrelazados, palpitantes y bañados por perlas de sudor se desparraman sobre el piso, el ascensor se detiene, la cabina se ilumina y las puertas se abren. Me asomo a un gran salón de techos altos y alargadas puertas ventanas que dan a un balcón. En una esquina veo, mira tú, un piano de cola y sentada frente a él a una linda joven ataviada con un fino vestido de muselina que se derrama hasta los tobillos con vaporosas ondulaciones y con la cintura marcada con un lazo bajo los pechos. Enseguida me siento a su lado. Irene, así se llama la bella joven, se alegra de verme y allí mismo me declara su amor. Lo hace sin palabras porque es recatada y tímida. Lo dice con la mirada de sus ojos. Y es allí donde veo el resquicio que me permitirá entrar en su alma y pervertirla. Es tal nuestra alegría, ingenua la de Irene, sátira la mía, que nos ponemos a tocar a cuatro manos una alegre polca. Luego tomo sus manos y las entrelazo entre las mías. Un giro

repentino, brusco que detiene la música y espanta a Irene. Irene que se echa hacia atrás como quien huye, como quien huye infructuosamente, sin convicción, porque en verdad desea quedarse y recibir todo el dolor y el placer que ese dolor conlleva. Yo que le tuerzo las muñecas. Irene, obligada por la torsión, no tiene más remedio que inclinarse hacia mí. Miro la carne de su labio inferior. Brilla. Lo muerdo. Lo chupo. Lo vuelvo a morder con dulce anhelo. Irene abre la boca casi como una capitulación. Sedicioso, yo invado aquella caverna húmeda y caliente, la exploro, la saqueo con mi lengua. Muerdo y babeo. Allá en el fondo, muy abajo, el alma de Irene grita de horror y placer. Llegan los niños. Siempre llegan. Dos trogloditas minúsculos, incipientes, incansables, insaciables, inmamables, intrépidos, inmisericordes, inmaculados, inauditos, inflamables, insulares, intratables, inacabables. Hacedores de grandes atrocidades infantiles, pronto ponen el salón patas arriba. Entiendo que debo asumir mi papel. Estoy obligado a ello. Me obligan las convenciones. Me obliga mi condición de padre. Irene ha desaparecido. Ya no he de

volver a verla. En mis ojos titubea un lejano y borroso recuerdo: una cama con las sábanas deshechas y sobre ellas una deliciosa bacanal de artefactos sexuales húmedos y aún calientes. Luego el matrimonio. Y los niños que ahora mismo evolucionan por el salón cuales tornados minúsculos destruyendo todo a su paso y a los que yo trato infructuosamente de poner en cintura. De las órdenes aquellos críos se reían con grandes aspavientos. Los castigos físicos les insuflaban mayor vitalidad. El trato respetuoso y diplomático lo ignoraban. Derrotado, intento huir. El salón carece de puertas que den hacia la casa. La única salida son las puertas ventanas que dan al balcón. Corro hacia ellas y me detengo. Los diablillos juegan con un enorme baúl que alguien ha dejado en una amplia pradera rodeada por un bosque cerrado y neblinoso. El silencio y el aislamiento son tales que se puede oler el peligro. Efectivamente, los niños se han metido en el interior y han cerrado la tapa convirtiendo el baúl en una cueva secreta. La oportunidad la pinta calva, así que no pierdo ni un segundo y le paso el pestillo. Me siento sobre el baúl y escucho. Los

pequeñajos siguen chillando un rato, hasta que la falta de oxígeno los silencia. Entonces me paro y camino hacia la puerta ventana más cercana, la abro y salgo. Un breve vistazo me basta para percibir la gélida belleza del hospital. Ya no me valgo por mi mismo. Soy arrastrado sobre una camilla por dos enfermeros pálidos y enclenques. Avanzamos por los relucientes pasillos a una velocidad absurdamente alta. Los enfermeros llevan prisa. Parece que la gravedad de mi estado lo amerita. Cada vez que torcemos en una esquina, bien sea a la izquierda o a la derecha, la camilla derrapa y yo salgo despedido, me estrello contra una pared y caigo al suelo. Los enfermeros me recogen, me regresan a la camilla y seguimos nuestro desaforado avance. A nuestro paso otros enfermos, en mejor o peor estado que yo, me lanzan besos o me dicen adiós con las manos, los médicos envueltos en sus batas blancas y limpias me miran con altiva compasión y en las enfermeras se percibe alivio y satisfacción. Los ya muertos, en cambio, no dicen nada. Ni siquiera me miran. Son mayoría. Abarrotan con su presencia impoluta y triste los espacios del hospital.

Nostálgicos, entran y salen de los quirófanos. Se quedan largo tiempo a los pies de las camas de los moribundos, esperando. Recorren sin cesar los pasillos buscando una salida, un camino de vuelta a casa. Pero no hay salida. No para ellos, condenados a vagar eternamente por la refulgente y blanca antesala de la muerte. En cambio para mí sí que hay salida. La salida vergonzosa y a altas velocidades. La expulsión, el destierro, la ignominia. Un caso perdido, dice un enfermero. Un tipo sano, dice el otro. Sin mácula, dice el primer enfermero. Qué vergüenza, dice el segundo. Fuera de aquí, gritan ambos. Y con un último empujón lanzan la camilla contra unas grandes puertas batientes. Alcanzo una velocidad de dimensiones ultrasónicas. La realidad material que me rodea se descompone, su estructura atómica se desarregla. Ya solo puedo ver deformaciones de la materia. Las puertas batientes del hospital hacia las que me dirijo son una masa amorfa y blanda que burbujea y que atravieso como si me hundiera en un helado cremoso. Me parece ver a K. Es solo una fracción de segundo, pero he sido capaz de ver sus ojos tristes en los que se origina la mirada

abismal que a todo llega. La farsa continua fuera del hospital. Desciendo a gran velocidad (pero una velocidad ahora sometida a las leyes de la física clásica) una gran avenida junto a otras decenas de camillas con sus respectivos pasajeros. Las frases se alargan. Deberían ser sometidas a una poda radical. Pero a esta velocidad, sin control alguno y en precario equilibrio sobre la camilla, ¿quién puede pensar en el estilo? Un sustrato de miedo deja caer su ancla en mi pecho. Inútil. No hay forma de salvarse. Ya se verá. A mi lado otra camilla. Sus tubos de aluminio refulgente golpean con cariño mis tubos de aluminio refulgente y chispean con gracia. Sobre esa camilla, Bardamu. Bello y trágico Bardamu. Exaltado Bardamu. Bardamu no habla, vocifera. Bardamu, Bardamu, Bardamu. Cállese ya, zopenco, vocifera, efectivamente, Bardamu. Y callo. Porque el que calla otorga. Y yo a Bardamu le otorgaría mi vida entera por insignificante que esta (y lo es) sea. Bardamu, entonces vocifera: *¡Qué horror! ¡Qué innoble bluff! ¡Qué sucia y estúpida historia! ¡Todo esto es grotesco, teórico, criminal!* No puedo más que darle la razón. Pero así es mi

mente. Qué se le va a hacer. Y continúa Bardamu, ahora dirigiéndose a todos aquellos que en esa rauda e inclinada avenida descendemos sobre nuestras respectivas camillas: *La vulgaridad, señoras y señores, comienza en el sentimiento, toda la vulgaridad, toda la obscenidad ¡en el sentimiento!..., en lo delicado, en lo sensible, en lo humano..., en el Amor, en suma en todo el bided lírico... No existe, hablando en puridad, más que una sola obscenidad, pero esta es elemental, inexorable, biológica, infinitamente corruptora, y es es Hábleme usted de amor capaz de pudrirlo todo.* Todo esto dicho, gritado, vociferado, al borde de la catástrofe. A Bardamu le dan igual las catástrofes. Bardamu es el genio de las catástrofes. Hizo de su vida una, inaudita, espléndida, operística. Bebemos como cosacos. En mi caso, cuatro cervezas bastan para derrumbarme. Bardamu se va con las putas, incansable. En el fondo de la avenida, contra las esclusas del puerto, un amasijo de camillas abrazadas con la obscenidad aséptica y refulgente del aluminio. Un señor me grita desde la ventana de un quinto piso. Un señor orondo y polifacético, acodado sobre el

alfeizar, dirimiendo cuestiones de vida o muerte, rociando la ciudad bajo sus pies con palabras malsonantes e intrépidas y pidiéndome a mí, pedestre ciudadano sin ideas, con gritos y letanías cuadrículadas, que lo salve de las hormigas. Yo no soy héroe ni renacuajo, pero igual subo los cinco tramos de escalera, sudoroso ascenso que me deja desfalleciente frente a la susodicha puerta. Invoco el espíritu de Bruce Lee, pero apenas llego a Jackie Chan. Así que derribo la puerta de una patada y caigo cuan ancho soy dentro del piso. Me reciben mil gotas suspendidas en el aire, expectantes y en guardia y César Aira muerto de la risa en un rincón. Literalmente muerto. La cara descompuesta en el rictus de una risa desbocada y dolorosa. Una nota de K clavada en el pecho con un alfiler: *Alemania ha declarado la guerra a Rusia. Por la tarde clase de natación.* Del pecho de Aira también brotan flores cuyos pétalos son palabras de alquitrán y caramelo. A esto Aira lo llama su método. Luego me pide que lo lleve a un coliseo romano. Pero ¿cómo hago yo para cargar con un cadáver por esta ciudad de restos humanos? Aira me dice que las mil gotas nos echarán una

mano. ¿No es gracioso? Porque las gotas no tienen manos. Pero tienen fuerza, iniciativa y perseverancia. De inmediato las gotas, las mil gotas, se ponen manos a la obra. Rodean el cuerpo de Aira y con la sola fuerza de sus moléculas lo elevan unos palmos del suelo. Súbete a mi pecho, pero ten cuidado y no aplastes las flores. Hago lo que me dice. Las gotas, sudorosas por el esfuerzo, nos llevan a través de la habitación. El cadáver de Aira parece complacido por este vuelo rasante y liviano. Atravesamos la ventana y salimos a las alturas de la ciudad. Y luego nos elevamos más y más. Un ascenso delicado que nos lleva al frío sepulcro de las nubes. En aquellos parajes de silencios y brumas las gotas, las mil gotas, siguiendo su instinto, se evaporan. Pero, al contrario de lo que debería suceder o de lo que la ciencia nos ha enseñado, no se convierten en gas sino en pintura, cada una de ellas de un color diferente y cambiante, en cada una de ellas la gama completa del color que le ha tocado en suerte. En este nuevo estado las gotas ejecutan una coreografía silenciosa en los aires muertos en los que vivimos y se juntan y se separan y se vuelven

a juntar, combinan sus colores con la destreza de un maestro y crean solo para mí, puesto que Aira se ha volatilizado en el éter, un cuadro de bucólicas ensoñaciones y ninfas desnudas que retozan en un prado verde. La postal de bellos verdes, marrones como suspiros y blancos carnosos y palpitantes se desvanece casi tan rápido como surgió ante mi por el efecto combinatorio de las mil gotas. En su lugar, se materializa una cafetería de grandes ventanales que hace esquina en una calle vacía, silenciosa, apenas iluminada por las luces del propio establecimiento. Hace frío, pero es notorio que el interior es confortable y caliente. Daniel Emilfork, el camarero, inclinado sobre la barra, parece estar lavando vajilla. Mira hacia un lado, hacia la figura de un hombre con sombrero sentado de espaldas y una pareja, un hombre también con sombrero y una pelirroja de vestido rojo que a su vez observan a Daniel Emilfork. Son cuatro figuras estáticas que establecen entre ellas una relación etérea, tras bastidores, hecha de silencios. Hasta que Emilfork gira la cabeza hacia mí y susurra desde la distancia que nos separa y que no impide que lo escuche con

cristalina precisión: K está en el cementerio. Y aquí, de pronto, es cuando empiezan a pasar cosas, cuando asoma en este reguero de palabras un amago de trama, a vislumbrarse la promesa de una intriga; porque cuando me dispongo a ir al cementerio me topo con mi esposa saliendo de la ducha, su cuerpo de junco flexible perlado de gotas de agua que hacen brillar su piel de porcelana, los pezones inhiestos apuntando en mi dirección, chorreante la mata de pelos entre las piernas de mármol blanco, las nalgas de medio perfil mostrando sus largas y rotundas curvaturas. Me saco la verga tiesa y avanzo con pasos embriagados, pero ella me rechaza con una sonrisa desdeñosa y un leve pero doloroso empujón. Ahora no tenemos tiempo para tonterías. Debemos actuar, dice mientras cubre su cuerpo con una toalla, me da la espalda y sale del baño. La sigo porque esa es mi razón de ser, seguirla a donde quiera que vaya, seguirla como un perrito faldero que suplica, babeante, por unas migajas de ese cuerpo duro y flexible que avanza delante de mí y que en esta ocasión no va más allá de la sala de la casa. Allí me encuentro con un grupo de personas

particularísimas entre las que mi esposa semi desnuda se sienta. A un lado tiene a Hemingway y al otro a Pizarnik y en un extremo del sofá Virginia Woolf. Frente a la ventana, mirando hacia afuera, tal vez hacia el infinito, Rebelais, que se da la vuelta y se abalanza sobre mi esposa con una furia lúbrica que nos deja a todos sorprendidos. Le arranca la toalla, la toma por las muñecas, la levanta, se la echa sobre los hombros y se la lleva de la sala en dirección a nuestro cuarto dándole tales azotes que las nalgas de mi esposa retiemblan, se comprimen, se tensan tanto que los siguientes azotes resultan aun más dolorosos y excitantes. Su cuerpo temblando de gozo y dolor a horcajadas de Rebelais, ese monstruo lascivo que ha dejado marcas de fuego en las nalgas de mi mujer como si se tratase de una vaquilla de la que se toma posesión, los ojos semicerrados, la boca entreabierto de la que brotan unos débiles gemidos de súplica que no queda muy claro si tienen la intención de que se detenga el suplicio o, por el contrario, que se continúe con ello y que, incluso, se intensifique. En la sala quedamos los cuatro mudos y desolados. Hemingway, visiblemente

humillado, decide irse. Se levanta del sofá, se acerca a la ventana y salta al vacío. Lo sigue Pizarnik, atraída por una fuerza telúrica muy distinta a la suya. Virginia se dirige a la cocina y se prepara un pan con mortadela. Yo mismo me asomo a la ventana y observo que en lugar del cadáver sangrante y maltrecho de Pizarnik, tiemblan al viento unas lilas brillantes y delicadas. En cambio, Hemingway sigue vivo y se arrastra por el suelo como una babosa que va dejando una estela de sangre en la acera. Agarro la escopeta que se ha dejado olvidada y le doy el tiro de gracia. Regreso al sofá y me siento con la intención de esperar pacientemente que cesen los gritos, los gemidos y gorgoteos, los chirridos del colchón, las palabras obscenas que se adhieren a los cuerpos sudorosos y contorsionados y clavan en ellos sus mil dardos de lujuria, el burbujeo de los fluidos, los chupones y las mordidas que provienen de mi cuarto, ya con la idea fija de vengar la afrenta a la que he sido sometido. Afrenta deliciosa, por otro lado. Suculento delirio de los sentidos. No me sentiría tan humillado si se me hubiese permitido observar. Soy un voyeur. El placer penetra por los

ojos y por los oídos. Me habría sentido, incluso, satisfecho y desde luego menos mancillado en el papel de un observador atento e interesado. Pero bueno, tanto pensar y no me he dado cuenta que los sonidos voluptuosos que provenían del cuarto de las delicias han cesado. Se abre la puerta y sale Rebelais limpiándose la verga con un pañuelo (que visto con detenimiento resulta ser mío) como un soldado que limpia con amorosa gratitud el fusil con el que acaba de matar al enemigo. Hace una rápida inclinación de cabeza delante mi y luego sale del apartamento. Raudamente me levanto del sofá con intención de ir tras él. Pero me detiene una malsana curiosidad. Antes quiero echar una mirada a la cueva de los suplicios. Me asomo con un miedo atroz y una palpitación insoportable entre las piernas. Allí está, sobre la cama. Despatarrada, vencida, agonizando con los últimos estertores del placer, boca abajo, las piernas abiertas, el coño echando humo, el ano dilatado, un agujero negro chorreando semen, la espalda y las nalgas, esos montes deliciosos, brillando de sudor, chupándose el dedo gordo como un bebe que duerme luego de hartarse de los nutritivos

fluidos de su madre. ¡Ah el sexo! ¡Maldita bendición! Por un segundo el deseo se enrosca cual pérfida serpiente en mi entrepierna. Por un segundo siento la tentación de abalanzarme sobre mi mujer, asaltar ese cuerpo vencido, indefenso, reconquistarlo, clavar mi bandera en él y arrancarle renovados aullidos de placer, llevarle a tal paroxismo, a tales dolores, a tales desvanecimientos gozosos que se vea obligada a pedir clemencia. Pero, ¿Lo hago? No. En ese instante nefasto el deseo de venganza se subleva y aferrándose a mi garganta me obliga a dar media vuelta e ir tras Rebelais. Rebelais de mis tormentos, juro por Dios que en cuanto te de alcance he de degollarte como cerdo en el matadero, como pollo colgado boca abajo. Pero hete aquí que el Sena se ha desbordado. Rebelais se aleja de mi remando en un bote sobre las aguas negras y mansas que cubren Paris. Navega sobre la Plaza del Carrusel y se dispone a virar a babor y enfilarse hacia el Jardín de Las Tullerías. Detengo el primer bote que pasa frente a mi y le ordeno al remero: ¡Siga a ese bote! Sin embargo, el remero es de una torpeza prodigiosa. Un desdichado. Por

cada milla náutica que avanzamos el bote gira sobre sí mismo durante diez minutos. El Atlántico bufa, se sacude enfurecido, un torbellino de aguas encabritadas que se elevan veinte metros sobre nosotros y vientos desquiciados, odiantes, que nos aplastan, nos vapulean. Entre las aguas virulentas y los vientos rugientes el bote se nos va llenando de pequeños peces asustados. Rebelais ha desaparecido. Yo me quedo pensando en todos estos exabruptos, todas estas digresiones, los desvaríos, el absurdo, que me alejan de mi verdadero propósito y el de este opúsculo que no es otro que la búsqueda, el encuentro y la detención de K. También pienso, sí es una digresión... otra... ¡qué le voy a hacer!... mi mente es así, ella es la que manda, la que dicta, la que dirige... la muy ladina... no es mi culpa... pienso, digo, en aquellos que quieren una novela única, bien armada... ¡por Dios! ¡Bien armada! un tarro para vomitar. Mejor servirme otro trago. O mejor una cerveza bien fría. Últimamente la nevera enfría que da gusto. Pero aquí no hay nevera. Aquí lo que hay es el apocalipsis: un gran incendio devorador avanza a latigazos de llamas impulsado

por el viento huracanado. Veo a K perderse entre las grandes llamaradas. Tengo una última visión de su rostro sereno iluminado por el fuego. Luego escapo hacia el océano perseguido por olas incandescentes que esparcen en el aire, por delante de ellas, brasas que vuelan raudas como pequeñas libélulas de fuego. Por más que corro no logro alejarme de las llamas. Siento en mi espalda su lamido abrasador. Una densa burbuja de calor me envuelve. Puedo tocarla. Es húmeda y pegajosa y se adhiere a la piel. Corro. Cruzo cocinas, salas, llego a la puerta que da a la calle. Está cerrada y con la llave pasada. Me pego contra la madera cuarteada, primero con la esperanza de que las partículas de mi cuerpo la atravesen en una suerte de milagro cuántico, inmediatamente con la resignación del que no tiene salida. Pero lo inevitable no ocurre. En lugar del apocalipsis volcánico, del crepitar de la carne chamuscada, se instala a mis espaldas un silencio helado. Y no exactamente un silencio porque oigo el gorgoteo del agua de un manantial, sino, más bien, un vacío helado. Me doy la vuelta y compruebo que el fuego ha desaparecido. En su lugar una tenue

bruma azulada flota en el aire. Las paredes rezuman agua. Por la escalera que da al segundo piso desciende un hilo de agua cristalina. De la barandilla cuelgan lánguidas algas de un verde intenso, eléctrico, de las que se descuelgan con ritmo sincopado pequeñas gotas de agua cristalina. Subo las escaleras cuidando de no resbalar en el granito húmedo. Arriba, cuando veo la puerta metálica con la tela mosquitera rasgada en pliegues como los pétalos de una flor gris, recuerdo a papá y su lucha contra los mosquitos. Inmediatamente detrás la puerta de madera, hinchada por el agua, trabada. Con tres fuertes golpes de mi hombro logro destrabarla. Los goznes cubiertos de una gruesa película de óxido se lamentan con un chirrido agudo y la madera podrida cruje, cede y la puerta cae sobre el piso de granito de la sala con un estruendo líquido que espanta a un millar de cangrejos fantasmas de un rojo tan intenso que parecen pequeñas llamas que huyen, esquivan pequeñas formaciones coralinas que surgen de la alfombra deshilachada, se esconden debajo del sofá, en los intersticios de los muebles, en todo tipo de oscuridades que ahora

resplandecen. En la televisión encendida puedo ver un partido de Copa del rey de 1997 entre el Barcelona y el Atlético de Madrid. Sobre la mesa de vidrio del comedor, extrañamente limpio y brillante en medio del caos marítimo, el tablero de ajedrez con las piezas Staunton descascaradas dispuestas en una posición en las que las negras asedian al rey blanco con un ataque salvaje lleno de sacrificios sangrientos y prodigiosas combinaciones. En una esquina de la sala, en la de siempre, el árbol de navidad se eleva, orondo y titilante, hasta el techo. Alrededor de su base los regalos se amontonan, a la espera. Me escondo detrás de uno de los sillones de la sala. Esta vez estoy dispuesto a todo. Esta vez no voy a dormirme. Esta vez aguantaré hasta que vea a San Nicolás dejar mis regalos en el arbolito. Mamá y papá duermen en su cama. La noche se alarga, se espesa. Mis ojos pesan como losas de granito. San Nicolás no llega. Yo espero y espero y solo veo a aquel pobre hombre que deambula por la casa como un fantasma bañado en lágrimas. Ahora mira los libros de la biblioteca. Agarra un libro de la colección de Las aventuras de Tintín, *El tesoro de*

Rackham el Rojo, y comienza a leerlo con una sonrisa en los labios y el sosegado deleite de un adolescente cautivado por la aventura. Luego de regresar el libro a su sitio pasa la yemas de los dedos por los lomos de la colección de Los tres investigadores y es como si con esa caricia pretendiese redimirse e invocar el pasado, soslayar el instante, alimentarse, saciar ese hambre, con lo que alguna vez fue y ya no volverá a ser. Así llega a la cocina. Huele a carne guisada y a ese olor tan característico del cigarrillo húmedo. Si me concentro puedo ver a mamá inclinada sobre el fregadero. Lleva puesta su bata salpicada de manchones de grasa y húmeda de tanto secarse las manos con ella. No se mueve y probablemente no se moverá puesto que no es más que memoria, un delirio del presente, un anhelo que no se cumplirá. ¡Qué sé yo! Pero está tan viva cuando papá la mira con los ojos entrecerrados, los párpados abriéndose con un chasquido, legañosos aún, emergiendo del lóbrego submundo del sueño. Mamá lo sacude por los hombros y le dice: Levántate y ven a ver. Papá se levanta como quien tiene por delante una tarea ingrata y pesada.

Vienen hacia mi cogidos de la mano. Nunca los había visto cogidos de las manos. Mamá me señala y dice: Mira quien ha regresado. Entonces, topo con mi habitación, el cuchitril en el que cocinaba mis angustias juveniles, calcinado por el sol de las tres de la tarde, el gran hueco que en su pequeñez me albergaba, me daba cobijo, pero también me hacinaba, me constreñía. La celda protectora. A mi derecha el robusto armario y la cómoda con su espejo. A la izquierda el enorme escritorio cubierto de libros amontonados en un desorden en el que solo yo conseguía lo que buscaba. Allí está la Olympia eléctrica de color naranja, ronroneando como si estuviese feliz de volver a verme, con una hoja en blanco doblada en el rodillo, vencida, esperando con ansias y miedo los duros golpes de los tipos que la dejaran marcada de por vida. A los pies de la cama la biblioteca, cinco estantes atornillados a la pared, en la que mis libros duermen el sueño de los justos, húmedos y cubiertos de barro, devorados por minúsculos *Anobium paniceum* que viven en los túneles que abren en el papel con sus insaciables mandíbulas. Me tiendo en la cama, apoyo la cabeza en la

almohada y me cubro con las sábanas. Entrelazo las manos sobre el pecho. Cierro los ojos. Me duermo. Sueño. He regresado a casa. Por fin. Los nudillos artríticos tocan tres veces la puerta. Tres golpes secos e infalibles. Me despierto. La puerta se abre. Un rectángulo de luz amarilla proveniente de la cocina recorta en el vano la figura oscura de mamá. Llamó tu tía, dice. Tu tío está mejor. En efecto, mi tío está en la sala de la casa de los abuelos, erguido de nuevo sobre sus dos pies. Aunque sus brazos siguen caídos y pegados al cuerpo, vencidos por su peso inerte, es evidente su mejoría. Mi tío se va a curar. Lo abrazo y le digo con alegría: Estás mejor. Él, zafándose del abrazo, dice: Sí, sí, pero esperemos. Entonces tocan a la puerta. Los mismos nudillos artríticos. Tres golpes inapelables. La puerta se abre. La figura de mamá recortada por la luz amarilla de la cocina. Llamó tu tía, dice. Tu tío acaba de morir. Me incorporo y me siento en el borde de la cama. Mi tío acaba de morir, murmuro aún aturdido por el sueño y la inexplicable noticia: un hombre vivo, muy vivo, más vivo que nadie que conozca, ha muerto. Como si una piedra hubiese sido pulverizada por la

presión de un dios colérico. Pero el tío Robinson no era una piedra. Una piedra es una cosa inamovible, estática, fría. El tío Robinson estaba hecho de una materia transformable, crecía, se enriquecía, cambiaba de aspecto y de dirección constantemente. El tío Robinson buscaba y encontraba. No estoy seguro pero a eso se le llama pasión. Como cuando de la noche a la mañana se aficionó a la fotografía. No es una metáfora. De verdad ocurrió así, de la noche a la mañana, mientras dormía. Soñó con una enorme cámara fotográfica que levitaba sobre la cama y hacía fotos. Con más pudor que asombro el tío Robinson se aseguró de cubrir el cuerpo de mi tía con la sábana. La cámara no solo hacía fotos, también hablaba, le explicaba, primero, las nociones básicas de la fotografía, luego algo de historia de la fotografía y, finalmente, los secretos del revelado. Los misterios del cuarto oscuro y su naturaleza alquímica lo sedujeron. Despertó decidido a montar un laboratorio fotográfico. Acondicionó el sótano de la casa para tal fin. Sacó los cachivaches de una vida de historia familiar. Una montaña titánica de amasijos de hierro que

alguna vez fueron camas, viejos muebles cubiertos de polvo cuyas maderas se pudrían y astillaban desde tiempos inmemorables, colchones mohosos, bibliotecas enteras llenas de libros deshechos en esporas. Durante horas estuvo sacando trastos del sótano, hasta que topó con el espejo. El encuentro de ese espejo lo cambia todo. Ya no es posible contar la historia propuesta, la de un hombre emprendedor, apasionado, que tal vez sin proponérselo cambió mi vida, fijo mi destino, una parte de él al menos, más de lo que hubieran podido fijarlo mis propios padres. Ese espejo es un desvío en el camino, de pronto infranqueable. De algún modo el espejo toma el mando de esta historia como tomó el mando de la vida del tío Robinson. Era un espejo de unos 20 centímetros de largo por 10 de ancho, enmarcado en una caja forrada de cuero con la tapa abierta imitando las formas de un libro abierto. Era un espejo negro, no emitía reflejos. Cuando el tío Robinson se asomó sobre él se asomó a un abismo inconmensurable del que ya no supo sustraerse. Se perdió para siempre en aquel espejo negro encontrado. A partir de ese momento nefasto y sorpresivo ya no fue

más que el negativo de si mismo, su contrario, una sombra malévola que sin proponérselo, incluso sin proceder, sembraba el caos y causaba dolor a su alrededor. Lo hacía por omisión, por pasiva. Lo que ocurrió en realidad fue que al cambiar la historia cambió el tío Robinson, y al cambiar el tío Robinson cambiamos los que orbitábamos a su alrededor. Lo que íbamos a ser ya no era posible, así que nos convertimos en otra cosa. Yo, por ejemplo, ya no sería un fotoperiodista de renombre. Entonces, ¿en qué me convertí? No importa. Lo importante es seguir los pasos del tío Robinson en su descalabrado camino hacia la intemperie del corazón. Se de lo que hablo. Estaba allí. Ya no era yo el sobrino sino el escudero, el zagal que a su amo obedecía. El tío Robinson salió del sótano. Yo corrí tras él. Cruzamos el jardín, florido y verdísimo en plena época de lluvias. Vamos, oh pequeño saltamontes, he de dar la buena nueva a tu tía, la espléndida Eloísa. No sabía yo de qué buena nueva se trataba, pero de igual forma iba detrás del tío Robinson. Lamentablemente nos topamos con la tía Eloísa retozando en la cama con su amante. Yo no sabía que mi tía tuviera un

amante. Por su reacción me dio la impresión que para mi tío también fue una sorpresa. Corrió a la cocina y volvió con un enorme cuchillo de carnicero. El amante intentaba saltar por la ventana. El tío Robinson dio un gran salto por encima de la cama, épico, alcanzó al amante y le cortó los genitales de un tajo. Un corte limpio y certero. El cuchillo describió un arco refulgente en el aire. Los genitales cayeron sobre el capó del Mercedes dorado de mi padre, junto con unas cuantas gotas de sangre que se secaron rápidamente en el metal hirviente. Tras ellos cayó el amante, rebotó sobre el techo del Mercedes, aterrizó sobre el suelo de cemento rugoso del estacionamiento y, como si de otro rebote se tratase, quedó en pie y corrió sujetándose la entrepierna con ambas manos, se alejó hacia el punto de fuga de la calle, hacia otra historia. El tío Robinson también saltó por la ventana, pero no se desplomó como un fardo de carne lujuriosa. El tío Robinson se elevó en el aire, ascendió a los cielos con la gracia de un pájaro metafísico y rodeado de veloces golondrinas se perdió entre las nubes. A partir de aquí solo me queda la imaginación, cerrar

los ojos y usar la mirada del vidente, romper el muro de la realidad, inventar la verdad. Y la verdad es que Robinson voló sobre la ciudad, transfigurado en un ángel redentor. Hace frío en las alturas. Pero Robinson es una brasa incombustible. Se codea con los zamuros que vigilan la muerte, su olor a guiso serpentea por las calles, se acumula en los basurales, allí donde la carne se pudre. Entonces Robinson vio al flautista pálido de túnica amarilla. Es apenas una mancha en el gris del concreto. Tiene una enorme nariz que se curva como un gancho, ojos como platos, saltones como los de los sapos, una cabeza alargada como el cono de un helado, boca de labios muy finos en la que se incrusta la flauta. De la flauta surge una melodía melancólica, surgen bachacos muy rojos, surge el aroma del miedo. El flautista es seguido por niños, muchos niños, centenares de niños con las caras iluminadas por sonrisas, niños bailando, saltando en dos patas o en una sola, dando palmas, incluso cantando o tarareando, silbando, atragantados por la risa, gritando de loca alegría. Tanta felicidad apabullante hace vibrar las fachadas de los

edificios, tiemblan las aceras, se agrieta el asfalto. También es contradictoria esa felicidad frente a la música melancólica del flautista. Nadie la entiende y prefieren cerrar las ventanas y recluirse en el interior de sus hogares. En uno de esos hogares se fragua una conspiración. Es la conspiración paranoica. La conspiración por la conspiración. La conspiración sin puntos cardinales. En realidad no es un hogar. Apenas es un apartamento vacío, sin muebles, frío. Ella y él fabrican bombas molotov. Llenan con gasolina botellas que luego sellan con trapos, las meten en gaveras, las acumulan en carretillas, cuentan cauchos, fabrican pequeños morteros con los que dispararán tumbaranchos contra la policía. Pero ahora ni siquiera hacen eso. Ahora follan sobre un sucio colchón con la brutalidad y la desesperación de quien se desahoga por última vez. Hoy están dispuestos a morir en las barricadas. El tío Robinson, posado sobre la ventana, con sus poderosas garras aferradas al alfeizar, los mira con lástima. Luego se duerme. La chica se pone en pie con un salto grácil y elástico, se dirige a la ventana, agarra al tío Robinson y se lo pega a sus tetas aún sudorosas.

Qué bello pájaro, dice. Luego lo mete en una jaula con un poco de agua y algo de alpiste. El tío Robinson come y bebe y suelta un graznido de felicidad. La chica (me doy cuenta, recién, que es Ana Pavlova) mete su cuerpecito glorioso en un fino vestido floreado y sale del apartamento. Baja las escaleras con esplendidos grand jetes. Con una pirouette precisa y elegante esquiva la puerta de salida del edificio y sigue cuesta abajo, hacia los sótanos. Ay Ana Pavlova, verte descender hacia esas oscuridades húmedas, ver tu cuerpo cincelado en mármol formar esas figuras de pájaros heridos, ver la falda de tu vestido levantarse y girar en el aire espeso y dejar al descubierto tus nalgas rotundas, el final tenso de tus muslos, el musgo negro de tu entrepierna del que de tanto en tanto surge la almeja sonrosada y perlada y que abierta y palpitante parece que me llama. Todo eso me pone cachondo, Ana Pavlova. Todo eso me empuja a dejar de tipear estas palabras y meterme en ellas, sumergirme en ellas y nadar en sus escollos y a través de ellas llegar a esas escaleras por las que tan bellamente descienes hacia quién sabe dónde y continuar el descenso junto a ti y meterme en tu

cuerpo si es posible, sorberlo, lamerlo, sudarlo. escupirlo y volver a tragarlo, morderlo, rozarlo, estrujarlo, chuparlo, mojarlo, ensuciarlo, limpiarlo y volver a ensuciarlo, una y otra vez, sin fin, sin termino, hasta el agotamiento, hasta la muerte. Pero, ¿a dónde vas, Ana Pavlova? No importa. Yo te sigo, te seguiría hasta el mismísimo infierno. Esquivaré cada una de estas palabras que se amontonan alrededor de ti y que no te hacen justicia, pero sin la cuales, maldita contradicción, no estarías aquí, no existirías, y te seguiré. Así la veo descender interminablemente estas escaleras cada vez más estrechas, cada vez más oscuras, cada vez más espesas, cada vez más `profundas y cavernosas. Yo soy la sombra que proyecta el cuerpo de Ana Pavlova, la raíz de sus suspiros, la carne que la soporta, el viento que la lleva, su sustento y sus sudores. Así que la sigo a pesar de que tanta poesía me ha agotado y las palabras me pesan sobre la espalda, me hunden tanto que termino por sentarme en el primer banco que encuentro. Miro a mi alrededor. Ni un alma en el pequeño parque de abetos. Una suave brisa estremece las hojas de las secuoyas. Una grulla

pasa frente a mi sin dirigirme la mirada. Las zancadas elegantes y sosegadas de sus largas patas me recuerdan a Ana Pavlova. Con mi navaja suiza tallo un corazón en la madera húmeda y musgosa del banco y luego escribo el nombre de Ana Pavlova y el mio atravesando el corazón como flechas. Estoy agotado y me duermo. Sueño: Ana Pavlova y yo sentados ante una mesa vacía. Ana Pavlova me inquiere: ¿Le preguntaste al I Ching? Sí, respondo. ¿Y qué te dijo? Que sí, que me querías. Entonces, Ana Pavlova hace ese gesto suyo tan característico que yo había olvidado y que en el sueño es un puñetazo nostálgico que me deja desvalido: Ana Pavlova achica los ojos, tuerce levemente la boca en un gesto de fastidio, gira su mano izquierda de modo que la palma queda de cara al cielo y me pregunta: ¿Y entonces, por qué no hiciste nada? Tu no me lo pusiste fácil, dije como quien dice que el sol sale todas las mañanas y a ver quién es capaz de evitarlo. Y eso es todo. Me despierto con la convicción de ser un imbécil integral y que Ana Pavlova viene desde los tiempos inmemoriales solo para echarme en cara mi estupidez. Ay, Ana Pavlova, ¿quién

podiera regresar al pasado, retomarlo en el punto exacto en el que nos besamos y luego, casi de inmediato, le restaste importancia y yo te creí? Llegar a ese punto exacto en el que terminas la frase que me paralizó y entonces volver a besarte, tomarte entre mis brazos, levantarte en vilo, llevarte detrás del pequeño bar del jardín, tumbarte sobre el áspero cemento, quitarte la ropa, arrancártela si fuera preciso y comenzar a gritarte con mi boca y mi verga todo lo que había cayado durante tantos meses. No se puede, oigo una voz. Pero solo veo la gruya que mueve la cabeza con lástima. Harto, entro en mi cuarto y me echo en la cama con la intención de desaparecer, hundirme en la negra nada, olvidarme de mi y del mundo. Pero es imposible porque de golpe mi cabeza se llena de imágenes, entran a borbotones, canibalizan mi lóbulo occipital. ¿Y qué es lo que veo? Veo a Ana Pavlova avanzar por esos túneles húmedos y salobres. Se acerca a una puerta, su plancha de metal caída como la hoja de un libro a medio arrancar. La puerta se abre con un crujido oxidado. Un hombre rechoncho, de piel dorada y ojos achinados, vestido con un uniforme verde oliva la

deja pasar. La conduce por otros pasillos, oscuros y estrechos, un laberinto silencioso en el que pronto se desorienta. Llegan a otra puerta. El hombre la abre. Aquí se acaban las cortesías, la caballerosidad. El hombre la agarra por el brazo. Ana Pavlova siente sus dedos gruesos y fuertes hundirse en la carne y un ramalazo eléctrico se desprende de sus caderas, asciende por la espina dorsal y explota en el hipotálamo, A Ana Pavlova le tiemblan las piernas cuando el hombre la empuja al interior de la habitación y la tira sobre un viejo y sucio colchón. Allí hay otros cuatro uniformados. Eso no estaba en el trato. Sin embargo, entiende de inmediato que ya no hay margen para la negociación. Se entrega sin lucha. Durante las siguientes veintisiete horas Ana Pavlova es vapuleada, contorsionada a discreción, abierta hasta el desgarró, flexionada con impudicia. Su cuerpo alcanza grados de elasticidad que ella no le conocía. Su capacidad de recibir los jugos espesos y las carnes prietas, calenturientas y húmedas que la penetran sin compasión, la deja sorprendida. Durante 27 horas los cinco hombrecitos fornidos y lujuriosos ordenan y ella

obedece. No sabía que se podían alcanzar aquellas altitudes de dolor y placer que combinados se anulaban y se avivaban mutuamente, manteniendo el goce en la línea de lo insoportable. Voy a morir, se dijo Ana Pavlova. Pierde el conocimiento varias veces. Cada vez que vuelve en sí se pregunta ¿y ahora qué? ¿Cómo podrán superarse? No termina nunca de hacerse esas preguntas cuando sus defensas vuelven a ser derribadas y se rinde lánguida y temblorosa a los azotes lujuriosos de los hombrecitos. Al final de este aquelarre voluptuoso y sádico el campo de batalla está sembrado de cadáveres satisfechos. Ana Pavlova se pone en pie. Las piernas apenas la sostienen. Camina hacia la puerta con pasos temblorosos, Así, desnuda y con el cuerpo cubierto de costras de semen seco, sale de la habitación. Deja atrás un largo pasillo desde cuyas paredes los héroes de la patria, enmarcados por dorados marcos de álamo tallados a mano, la miran pasar con lascivia impotencia. Ha abandonado el cuarto de los dulces horrores y no sabe muy bien a dónde va, Se deja llevar por los pasillos que se suceden unos a otros, siempre cubiertos por gruesas alfombras de color

rojo, hasta llegar a una alta puerta de madera acristalada de doble hoja. La abre, asoma la cabeza y me ve. Me he convertido yo en un hombre grande, pesado y rígido. Me han puesto un ridículo mostacho sobre el labio superior que me pica constantemente. Y me han impuesto la responsabilidad de dirigir un país que no se puede dirigir. También ve entrar por otra puerta a los cinco hombres que la violaron, entran en sillas de ruedas empujadas por cinco edecanes. Tienen los cinco la pierna izquierda extendida y envuelta en vendas flácidas que ondean al viento. ¿Quién sería el responsable de esta chapuza que hace aún más grotesca la farsa de una condecoración inmerecida? Da igual. Hemos llegado a un punto en que nadie espera otra cosa. Vivimos de y por la farsa. Somos la farsa de inmaculada transparencia. Digo unas cuantas frases patrióticas que me he aprendido de memoria y condecoró a estos héroes falsos caídos falsamente en falsas batallas con un ojo puesto en Ana Pavlova que ha terminado de entrar en el salón y luce espléndidamente desnuda ante mi. Llamo a Churio y le digo al oído que la detenga y la lleve a mis aposentos. Pero Ana

Pavlova, ese pájaro esquivo, esa potencia insaciable, ha volado y yo miró por la ventanilla del avión que me lleva al exilio. El tiempo vuela, pensé. Una frase trillada que no ha perdido un ápice de poder, de verdad. Mi cara reflejada en el vidrio ya no tiene expresión alguna, es como si hubiese muerto mi cara, una muerte que es petrificación, vacío, hueco negro. Miro unas pequeñas llamas en uno de los motores del avión, veo cómo crecen con grácil desenvoltura, con ese aleteo violento que me recuerda al baile de Ana Pavlova, hasta hacerse baile multitudinario que envuelve el motor entero. Entonces el avión da un bandazo, pierde el sustento invisible del aire y se precipita a tierra. Los pasajeros gritan y lloran consumidos por el horror. Un no sé qué que quedan balbuciendo, digo. Y sonrío. Porque nunca fue tan fácil el regreso a casa.

